

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XXV.

MADRID 1.º DE FEBRERO DE 1898.

NÚM. 285.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



JUANITO Y SU BURRO

Todo trabajo necesita descanso, porque, como dice Esopo, conviene que el arco no esté siempre tirante, pues se quebraría. Y necesita también alimentación, pues el trabajo gasta las fuerzas, y es necesario reponerlas.

Así lo ha comprendido Juanito, y por eso descansa él, y deja descansar algún tanto á su borrico y que se alimente.

No todos comprenden esta necesidad del descanso, y hacen trabajar á sus animales lo que no pueden, y los maltratan además, siendo ellos los primeros que tienen que sufrir las fatales consecuencias de su sinrazón. El hombre y el irracional que trabajan más de lo que es debido, debilitan su naturaleza, la consumen antes de lo que podía esperarse, viven poco y viven mal.

MUERTE TRÁGICA

DE UN DOMADOR

Un domador de fieras dió, hace algunos años, una representación en un gran teatro. Expuso en el escenario sus leones, tigres, leopardos y hienas, dejando admirada á la concurrencia de su fuerza muscular y de su poder sobre los animales.

Por fin, enseñó al público una magnífica boa de 35 pies de largo. La había comprado cuando acababa de nacer, y

durante veinticinco años la había manoseado día tras día, hasta el punto de parecer inofensiva cuando se hallaba bajo la mirada de su dueño. Éste la había visto nacer y la había llevado en su seno muchas veces.

Se levanta el telón. Unos músicos, escondidos entre los árboles, ejecutan sonidos armoniosos y suaves, á los cuales no tarda en mezclarse un silbido. Es la boa atraída por la música. Se para, irguiendo su cabeza; sus ojos despiden chispas, y todo su cuerpo se anima. Entonces sale un hombre de la espesura del bosque, sus miradas se encuentran y la serpiente se humilla hasta el suelo. El domador tiene la victoria.

Bajo su dirección, el animal ejecuta una serie de ejercicios terroríficos. Á una señal de su dueño se acerca á él y empieza á enroscarse despacio alrededor de su cuerpo, llegando poco á poco, cada vez más alto y más fuerte, hasta que su repugnante cabeza se eleva encima de la suya. El domador da un pequeño grito, y el público aplaude con frenesí. Pero sus voces de alegría mueren en sus labios: el grito del domador era el de la agonía. Los pliegues fríos y viscosos del animal le habían rodeado por la última vez; le había ahogado. Los circunstantes, mudos de horror y espanto, oían crugir los huesos uno tras otro, según la serpiente apresaba de una manera más estrecha su víctima. El juguete del hombre se había hecho su matador; el esclavo de veinticinco años había vencido á su domador.

Esto es una imagen fidelísima del pecado. El que obedece á una pasión cualquiera, abriga en su seno una serpiente. Puede con facilidad dominar al monstruo cuando acaba de nacer; si le deja vivir, aún podrá amaestrarlo por un poco de tiempo; pero el monstruo crece sin cesar, y conforme el infeliz se hace esclavo de su pasión, ésta le envuelve en sus pliegues, le aprieta su alma y la destruye.

Queridos lectorcitos, tratad el pecado de la manera que él os tratará. No le perdonéis la vida, pues él tampoco os perdonará la vuestra.

LOS POLLITOS DE CONCHA

No muy lejos de la casa de Concha encontrábase un granero viejo, fabricado con vigas viejas y con techumbre de humilde paja. En este granero habitaba una gallina, propiedad de Concha, y con ella siete pollitos que la gallina había sacado. Una noche, cuando Conchita se iba á acostar, oyó gran ruido de gentes que gritaban y corrían, y, asomándose á la ventana de su cuartito, divisó entre los árboles una luz rojiza y brillante, que por momentos se agrandaba. Comprendió Concha que estaba ardiendo el viejo granero. Entristecida por la desgracia que á la gallina y á sus pollitos esperaba, comenzó Concha á llorar; mas de repente, dando media vuelta, fuése á arrodillar á un rincón del cuarto y oró de este modo: «¡Oh, Dios!

No permitas que perezcan abrasados mis pollitos; por amor de Jesucristo, no lo permitas.—Amén.»

La petición fué oída, saliendo salvos del incendio la gallina y sus pollitos. Nadie supo jamás á punto fijo el cómo salieron del granero, pues no pudo decirlo la gallina ni tampoco los polluelos; pero es lo cierto que á la mañana siguiente, apagado ya el fuego y consumido por completo el granero, fueron encontrados la gallina y sus siete pollitos salvos y sanos, cocleando y escarbando por el huerto, como si nada hubiera sucedido.

RESPUESTA PRONTA

La viuda B. se halló obligada por la muerte de su esposo á sostener á tres hijitos: Ricardo, de ocho años; Alfredo, de seis, y el chiquito Federico, de dos años.

Buscaba trabajo, llevando consigo á los niños, y por la misericordia de Dios halló el suficiente para asegurar su comida y la renta de su casa. Mucho trabajó en las tres semanas que quedaban del mes. Buscó una casa chiquita, á la que tuvo que mudarse. El dueño la informó de que la familia que la ocupaba se mudaría el día antes que ella fuera.

Cuando ella fué á la casa chiquita, la encontró en mala condición, y necesitó trabajar mucho para prepararla antes de la noche. Ella quiso romper á llorar, pero se dijo:



—No hay tiempo de llorar; tengo que trabajar para hacer que parezca bien á mis niños.

Por la noche los muchachitos cenaron con gran apetito. La madre dijo:

—Doy gracias á Dios porque tienen tal apetito, tienen buena salud y están fuertes, mientras otros muchos no lo están.

Estaban cenando con la lámpara grande en el centro de la mesa para iluminar el cuartito, cuando se oyeron unos golpes á la puerta.

—Parece que son niños, dos ó tres al mismo tiempo, que golpean la puerta—dijo la viuda.

Era verdad. Eran tres niñas con hambre y frío.

—¡Si gusta usted que entremos! ¡Tenemos tanto frío!—dijo la mayor con una mirada ansiosa.

—No tenemos ningún hogar—dijo la segunda.

Y la chiquita, como un eco, tartamudeó:

—No tenemos ningún hogar.

—Entrad, queridas mías—dijo la viuda—y decídmelo todo.

Las niñas entraron, se calentaron, cenaron y contaron su triste historia de cómo su papá bebía y bebía, y pegaba á mamá y nos golpeaba, y después se murió en la calle, en lucha con alguien, y luego mi mamá se murió la semana pasada y nos dejó solas, y el dueño de la casa nos echó ayer y se apoderó de todas nuestras cosas por la renta de la casa.

—¿En dónde vivían ustedes, mi querida?—preguntó la señora B. á la mayor.

—Aquí, señora, aquí en esta casa.

—¿Quieres decir que el dueño os echó de esta casa?

—Sí, ayer mismo, porque no teníamos dinero para la renta.

—En verdad fué muy cruel.

Y las lágrimas corrieron, de indignación hacia el dueño, y de simpatía hacia las huerfanitas.

—Si hubiera conocido esto, nunca habría venido á esta casa.

—Oh, nosotras nos alegramos, señora.

—¿Y por qué? Quiero saberlo.

—Porque nos ha recibido á calentarnos y nos ha dado de cenar.

La viuda limpió sus lágrimas.

—¿Dónde habéis estado desde que se os echó de esta casa?

—En todas partes, andando; á veces tiradas en el suelo. Anoche dormimos en una caballeriza, por permiso del dueño.

—¡En una caballeriza! ¡Es horroroso, tres pobres huerfanitas no más grandes que mis hijitos, dormir en una caballeriza! No lo haréis otra vez.

—No, señora, porque el hombre nos dijo que no podíamos volver otra vez; una vez era bastante, pero tendremos que irnos á algún lugar donde podamos quedarnos, y no sabemos dónde ir. Y otra vez su cara se puso acongojada.

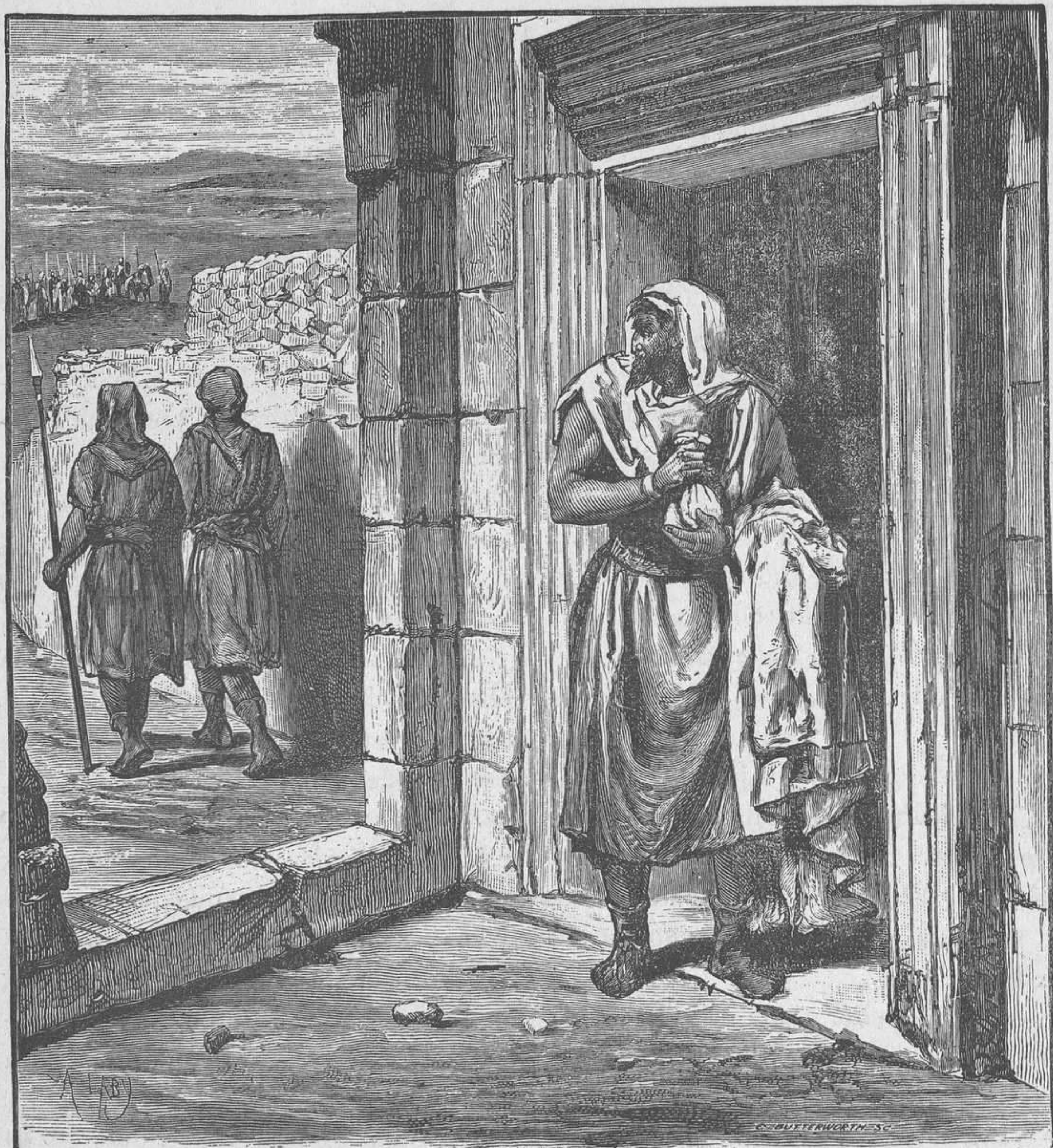
—Yo sí lo sé—dijo la viuda—vosotras os quedaréis aquí, aquí.

(Se concluirá.)

GIEZI

En el capítulo quinto del 2.º libro de los Reyes se halla el interesantísimo re-

plicándole que le sanase de tan espantoso azote, y fue mandado por aquél á «lavarse siete veces en el Jordán», para ser limpio. Hecho lo cual de un medio tan



lato de un milagro hecho por el profeta Eliseo. Un general del ejército del rey de Siria era leproso. Naamán era su nombre. Presentóse éste al profeta, su-

sencillo, volvióse Naamán con su séquito para dar gracias y ofrecerle algún presente como prenda de su gratitud. El varón de Dios rehusó rotundamente re-

cibir todo don, y despidió al General.

Tenía Eliseo un criado llamado Giezi, quien codiciando los regalos que su amo había rehusado corrió detrás de Naamán con una excusa ya preparada para pedir dinero y prendas. Por su pecado de codicia, y las mentiras empleadas para conseguir su fin fue gravemente castigado con el mismo azote de que había sido sanado Naamán.

MANERA DE INAUGURAR

UNA NUEVA RELIGIÓN

Se dice que Lepaux, célebre filósofo francés, después de mucho pensar y estudiar, inventó una nueva religión que había de llamarse «Theofilantropía», y chasqueado porque no se la aprobó ni adoptó con la prontitud que él había pensado, se quejó á Talleyrand de la dificultad que encontraba para introducirla.

—Nome extraño—dijo Talleyrand—de la dificultad que halla usted en ello. No es cosa fácil inaugurar una nueva religión. Pero le aconsejo una cosa, y entonces seguramente tendrá usted éxito.

—¿Qué es ello? ¿Qué debo hacer?—preguntó con ansia el otro.

—Pues es esto—replicó Talleyrand.—Vaya usted y sea crucificado, después sea sepultado y luego resucite al tercer día. Además, ande usted haciendo milagros, levantando muertos, sanando toda clase de enfermedades, echando fuera

los demonios, y entonces es posible que logre usted su fin.

El filósofo se retiró silencioso.

Dios ha dado al hombre la razón y la experiencia; pero hay personas á quienes la experiencia nada enseña, y para quienes el don de la razón es inútil.

EL TÉRMINO MEDIO

Un caballero que hacía alarde de su vida moral, y basaba su esperanza de salvación en ella, decía con frecuencia: «Yo, por lo general, ando bien arreglado en mis costumbres, á veces me incomodo y blasfemo, pero soy siempre muy cumplido en mis negocios. Cuando ellos lo exigen, trabajo un poco el domingo, pero soy muy caritativo con los pobres y nunca jamás me he emborrachado.»

Este señor deseaba poner una cerca alrededor de una heredad que tenía, y contrató esta obra con un vecino. Le dió las órdenes con muchos pormenores, porque necesitaba una cerca muy fuerte y bien construida, que pudiera guardar su campo del ganado que pasaba alrededor.

Al concluirse la obra le preguntó al obrero:—Conque Joaquin, ¿está ya completa? ¿Es fuerte é impenetrable para los animales?

—No puedo decir, señor, que *todo* es fuerte y bueno,—contestó Joaquín;—pero es, con todo, una buena cerca. Si en algunas partes está un poco débil, otras partes están sólidamente macizas. Ha

quedado abierta como una vara en alguno que otro lado; pero lo he compensado, poniendo una añadidura en los lados inmediatos. Creo que los animales la hallarán, por término medio, una cerca muy regular, aunque no puedo afirmar que esté completa en todas partes.

—Hombre, ¿qué estás diciendo?— exclamó el dueño, no adivinando todavía el significado de las palabras.—Me dices que has hecho una cerca que tiene aberturas y partes mal hechas? Valdría más no haber hecho ninguna cerca. Si hay un solo portillo, los animales seguramente lo hallarán y entrarán por él. ¿No sabes, hombre, que en una cerca es menester que sea completa, entera, ó no es nada?

—Así creía yo, señor,—respondió el trabajador;—pero de algún tiempo acá le oí á su merced hablar mucho de balancear una cosa con otra con nuestro Señor, de tal modo, que me pareció conveniente hacer el experimento con la cerca. Si una cerca, buena sólo por término medio, no sirve, temo que tampoco se justifique el día del Juicio, un carácter que sólo es «regular por término medio.»

LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

Al cabo de algunos días, la señorita Ofelia había reformado todos los departamentos de la casa, todo arreglado con

admirable simetría. Pero en lo que exigía la cooperación de los esclavos, sus trabajos se parecían á los de Sísifo ó de las Danaides.

Desesperada un día fué á buscar á Saint Clare.

—No es posible tener orden en esta casa.

—Estoy bien convencido de ello,—dijo Saint Clare.

—Esto es un desorden y una confusión como no he visto nunca.

—No lo dudo.

—No tomarías las cosas con tanta calma si tuvieras que dirigir la casa.

—Querida prima, hay que decirte una vez para siempre, que los amos de esclavos nos dividimos en dos clases: opresores y oprimidos. Los que somos bonachones y detestamos la severidad, nos tenemos que someter á toda clase de inconvenientes. Si, por nuestra comodidad, creemos deber alimentar á una tropa de seres ignorantes, perezosos, desordenados, tenemos que sufrir las consecuencias. Conozco algunas personas, aunque raras, que tienen un talento especial para hacer reinar el orden en su casa, sin tomar severas medidas. Pero yo no soy de ellas y desde hace tiempo he decidido dejar seguir así las cosas. Yo no permitiría jamás que se castigue con crueldad á esas pobres criaturas; ellos lo saben y por eso abusan.

—Pero la pérdida de tiempo, el perjuicio de todas las cosas.....

Mi querida Vermont; vosotros, los del Norte, dais al tiempo un valor exa-

gerado; ¿qué queréis que haga un hombre que tiene dos veces más que lo que puede gastar? Y en cuanto á que haga ó no regla, ¿qué me importa á mí, que estoy todo el día tendido en un sofá leyendo los periódicos, que la comida se sirva una hora antes ó una hora más tarde? Después de todo, Dinah no deja de servirnos magníficas comidas; nada mejor que sus sopas, sus guisos, sus asados, sus postres, sus cremas, etc..... Ella saca todo eso del caos y de las tinieblas de su cocina; tiene, en verdad, un talento sublime.

—Pero baja á su antro, véla fumando su pipa en medio de sus preocupaciones, y despues dime si tienes valor de comer ni un solo pedazo de nada.

—Querida prima, déjate de esa clase de preocupaciones; tanta vigilancia sería peor que penitencia católica; además, eso no serviría más que para hacerte perder la paciencia y desconcertar á la pobre Dinah; déjala que continúe lo mismo.

—Pero, Agustín, tú no sabes hasta dónde han llegado las cosas.

—¡Que no lo sé! ¿Ignoro, por acaso, que el rodillo de hacer pasteles está debajo de su cama y el rayador de las moscadas en su bolsillo con el tabaco? ¿que tiene sesenta azucareros en sesenta sitios distintos? ¿que seca la loza un día con un mantel y al día siguiente con una chambra vieja? Pero en resumidas cuentas, nos hace soberbias comidas, café delicioso..... y debemos juzgarla por sus éxitos, como se hace con

los guerreros y con los hombres de Estado.

—¿Y el desperdicio, el gasto?.....

—Respecto á eso, encierra lo que puedas y guarda la llave. Da las provisiones en pequeñas cantidades; pero no te inquietes por lo demás. Eso es lo mejor.

—Me das qué pensar, querido Agustín; empiezo á temer por tus servidores no sean muy *honrados*; ¿estás seguro de que pueda fiar en ellos?

Agustín soltó una sonora carcajada viendo la seriedad y ansiedad con que la señorita Ofelia le hacía esta pregunta:

—¡Oh, prima! Eso sí que es broma; ¡*honrados*! ¡Como si se pudiera esperar eso de ellos! ¡*Honrados*! Y ¿por qué han de serlo? ¿Qué les podrá volver así?

—¿Por qué no instruirles?

—¡Instruirles! ¿Lo dices en broma, sin duda? ¿Qué instrucción quieres que les dé? ¡Y qué bien me estaría eso! ¿No tengo yo todo el aspecto de un preceptor?

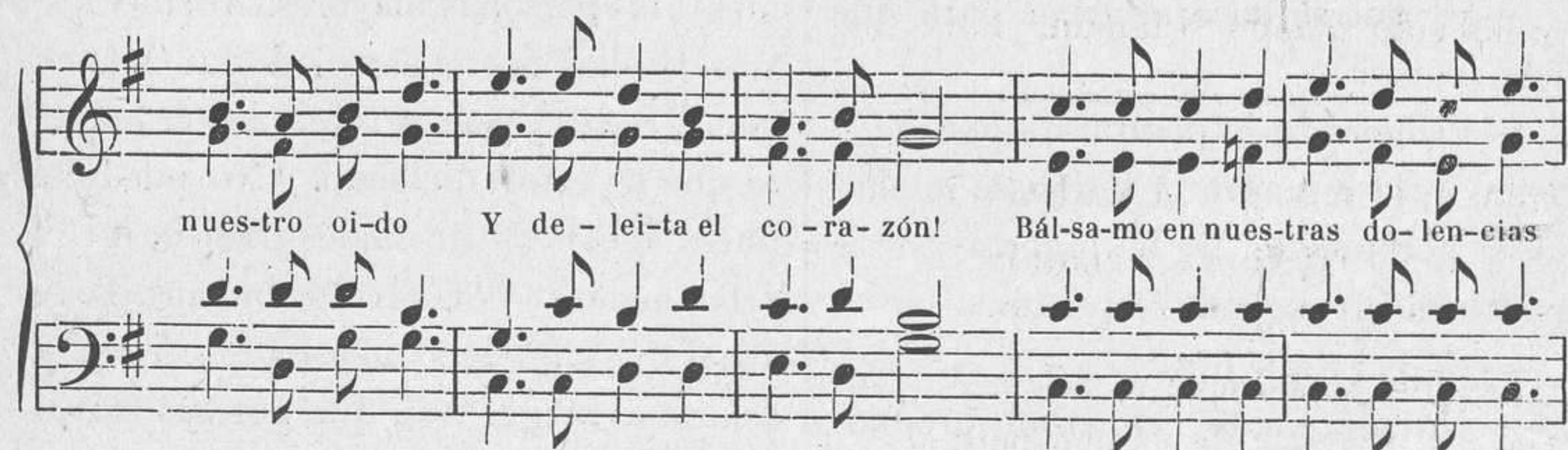
—¿De modo que crees que no hay negros honrados?

—Se encuentran por ahí algunos que la naturaleza ha creado tan sencillos, tan verdaderos y tan sinceros, que las peores influencias no pueden pervertirles. Pero mira, prima; desde su tierna edad, el niño de color siente y comprende que no puede ganar nada sin disimular; que eso es lo único que puede servirle para con sus padres, su amo y los hijos de sus amos, que se asocian á sus juegos.

(Se continuará.)



4. Sal-va-ción! Be - lla pa - la - bra, Tier-no y plá-ci - do so - ni - do, Que re - ga - la



nues-tro oi-do Y de - lei-ta el co - ra - zón! Bál-sa-mo en nues-tras do-len-cias



Que nues-tras he-ri - das cu-ra, Y que un por-ve-nir au-gu-ra De per-fec-ta re-den-ción.

¡Salvación! En otro tiempo
Hundidos en el pecado,
Nos estaba reservado
Un siniestro porvenir.
Pero la gracia divina
El contento nos depara
De ver á Dios cara á cara
Y en su morada vivir.

¡Oh salvación! Que repita
La tierra este dulce acento,
Y suene á cada momento
Esa expresión celestial.
Recibe nuestra alabanza,
Jesus, porque cariñoso,
Tierno, amable y bondadoso
Salvas al pobre mortal.



EL ÁRBOL POR SUS FRUTOS

— Á todos los niños les gustan las frutas. Desde los más pequeñitos hasta los mayores, creo que todos me podrían nombrar alguna de su preferencia.

—¿Y de dónde nos vienen las frutas?

—De las plantas y de los árboles.

—¿Y qué se hace al árbol para que lleve frutos?

—Primero se le planta, después se le riega, se le remueve la tierra, se le abona, y por último, se le ingerta, si se quiere aún fruta más exquisita.

—¿Y para qué esto?

—Primeramente, el árbol produce fruta algo amarga; para hacerle llevar fruta muy sabrosa, es necesario tomar una ramita de un árbol bueno é introducirla en una hendidura abierta en el árbol natural; entonces la savia de éste es cambiada y da esos frutos que comemos con tanto placer.

—Cuando el árbol está ya ingerto y hecho bueno, ¿qué más necesita?

—La lluvia, el sol y los vientos: las tempestades de verano y el hielo del invierno para destruir los insectos nocivos y para purificar el aire.

Ved ahí, lectorcitos, cómo el amor de Dios envía todos estos cambios en la atmósfera, porque quiere darnos frutos sanos y agradables. Cada fruto viene á su tiempo determinado por el Señor. Abren la marcha las fresas, vienen después las cerezas, la grosella, la frambuesa, las ciruelas y los albaricoques, la

uva y el melocotón, las peras y las manzanas.

Cada uno viene á su tiempo y á su sazón. ¿No es esto verdad, amiguitos míos? Pues oid ahora con mucha atención lo que voy á deciros.

Dios tiene otra clase de árboles más preciosos que tienen el deber de darle buenos frutos, y son los niños é igualmente las personas mayores. Abrid vuestras Biblias por el cap. 7 de San Mateo, vers, 18-20, y encontraréis la verdad de lo que os estoy diciendo. «No puede el buen árbol llevar malos frutos; ni el árbol maleado llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto córtase y échase al fuego. Así, que por sus frutos los conoceréis».

Ahora bien, queridos niños; de la misma manera que los árboles frutales, los primeros frutos que llevamos nosotros son amargos. Necesitamos, pues, como ellos ser ingertados, es decir, cambiar de naturaleza, recibiendo una nueva savia, un nuevo espíritu, por medio de la conversión, cuando Jesús nos perdona nuestros pecados, y al mismo tiempo nos da su santo espíritu.

MEDITACIÓN

¡Qué bellos en la noche sosegada
Son los recuerdos gratos de la vida!
¡Cómo alientan la mente fatigada
Que ya desea reposar rendida!

—
¿Recuerdas, alma mía, que en la infancia
Vagabas en un aura deliciosa,

Que para tí llenaban de fragancia
Azahares ricos, y violeta y rosa?

—

¿Recuerdas, dí, que al amoroso arrullo
De una madre, dormida te quedabas,
Y que otro viento de mejor murmullo
Con loco afán en tu dormir soñabas?

—

¡Qué vivos ante tí se reproducen
Con el recuerdo tan dichosos días!
¡Únicos, ay, que para el hombre lucen
Sin que amargue el pesar sus alegrías!

—

¿Dónde está aquel espacio en que volabas,
Aquella dulce y aromada brisa
En que santos placeres respirabas,
Que á tus labios prestaban la sonrisa?

—

¡Ah! De tu infancia, llena de hermosura,
El tiempo arrebató las horas bellas;
Tus sueños de candor y de ventura
También, avaro, se llevó con ellas.

—

¡Despierta estás! Al mundo una mirada
Escrutadora, ansiosa has dirigido,
Y su mentira, su maldad, su nada,
Con amargo dolor has conocido.

—

Y al ver la tierra en goces tan escasa,
Te elevas afanosa á las regiones,
Donde la vida entre delicias pasa
Al halago de célicas mansiones.

—

Allí puedes gozar: en ese espacio
Puede tu fantasía arrebatada
Cernerse sobre el mundo, y un palacio
Fundarse en los cimientos de la nada.

—

Allí reina Dios, quien con su mano
Da premio á la virtud siempre abatida,
Y humilla la cerviz del vil gusano
Que llaman poderoso en esta vida.

—

Remonta allí tu vuelo; pues tus alas
En este mundo que tu ser encierra,
No pueden ostentar sus ricas galas,
Que es estrecho el espacio de la tierra.



RESPUESTA PRONTA

(CONCLUSIÓN)

— —

—¡Oh, mamá! ¿tendremos tres hermanitas á la vez?—preguntó Ricardo.

La señora B. no dió respuesta, sino que se fué á poner sus hijitos en su camita.

—¿No voy á dormir contigo?—sollozó el pequeño Federico.

—No, por esta noche, querido; pero después sí, como es costumbre; ahora estas muchachitas dormirán conmigo, y mañana arreglaré otra cama para ellas.

La viuda vistió las camisas de dormir á las tres huerfanitas, les oyó decir sus oraciones y presto todos dormían.

—¡Pobres niñas! No sé cómo componerme con estas tres huerfanitas, pero Dios lo sabe.

No había ningún dinero en la bolsa de la mujer; pero se arrodilló á ofrecer su oración, dió gracias al Señor porque había bastante comida para el almuerzo de la mañana para los seis niños. Tomó en sus brazos á la chiquita, que hablando en su sueño decía:

—Mamá.

Y durmió contenta.

Se despertó temprano, y antes de empezar el trabajo del día, la viuda se puso á orar á Dios, á quien hablaba como á un Padre cariñoso.

—Nuestro pan cotidiano danos también ahora. Estas niñas yo las cuidaré hasta que se halle para ellas mejor hogar. Ayúdame á ganarles la comida necesaria; yo te lo ruego.

*
* *
*

Poco después del almuerzo, dos señoras, misioneras para los pobres de la ciudad, entraron buscando á la madre de las muchachas. La señora B. les dijo que ya había muerto la madre, y el cómo habían vuelto las muchachitas á su casa anoche.

El día pasó. Puesto el sol, dos hombres se encontraron en el camino delante de la casa de la viuda B., el uno un labrador con su carro, el otro comerciante bien conocido en la ciudad.

—¿A dónde va usted?—preguntó éste al campesino.

—Voy al mercado.

—¿Qué carga lleva en su carro?

—Patatas, manzanas, coles y cebollas; pierna de cordero y un poco de chorizo; también el mejor pan que he visto y dos kilos de mantequilla.

—Bien; yo se lo tomaré todo, si gusta. ¿Qué vale?

El labrador lo dijo, y fué pagado el precio.

—Ahora párese aquí y déjelo todo á

la señora de esta casa, y dígame que el Señor ha respondido muy pronto á la oración de ella.

Y se fué.

No puedo describir la alegría que llenó aquella casa. Y ¿cómo fue que el comerciante vino?

Las misioneras habían contado á la esposa del comerciante toda la historia de las muchachas y la viuda pobre, y ella lo había contado á su esposo.

Muy pronto la viuda fue puesta en posición de directora de una casa de huérfanos, todo por razón de la misericordia hacia las tres huerfanitas.

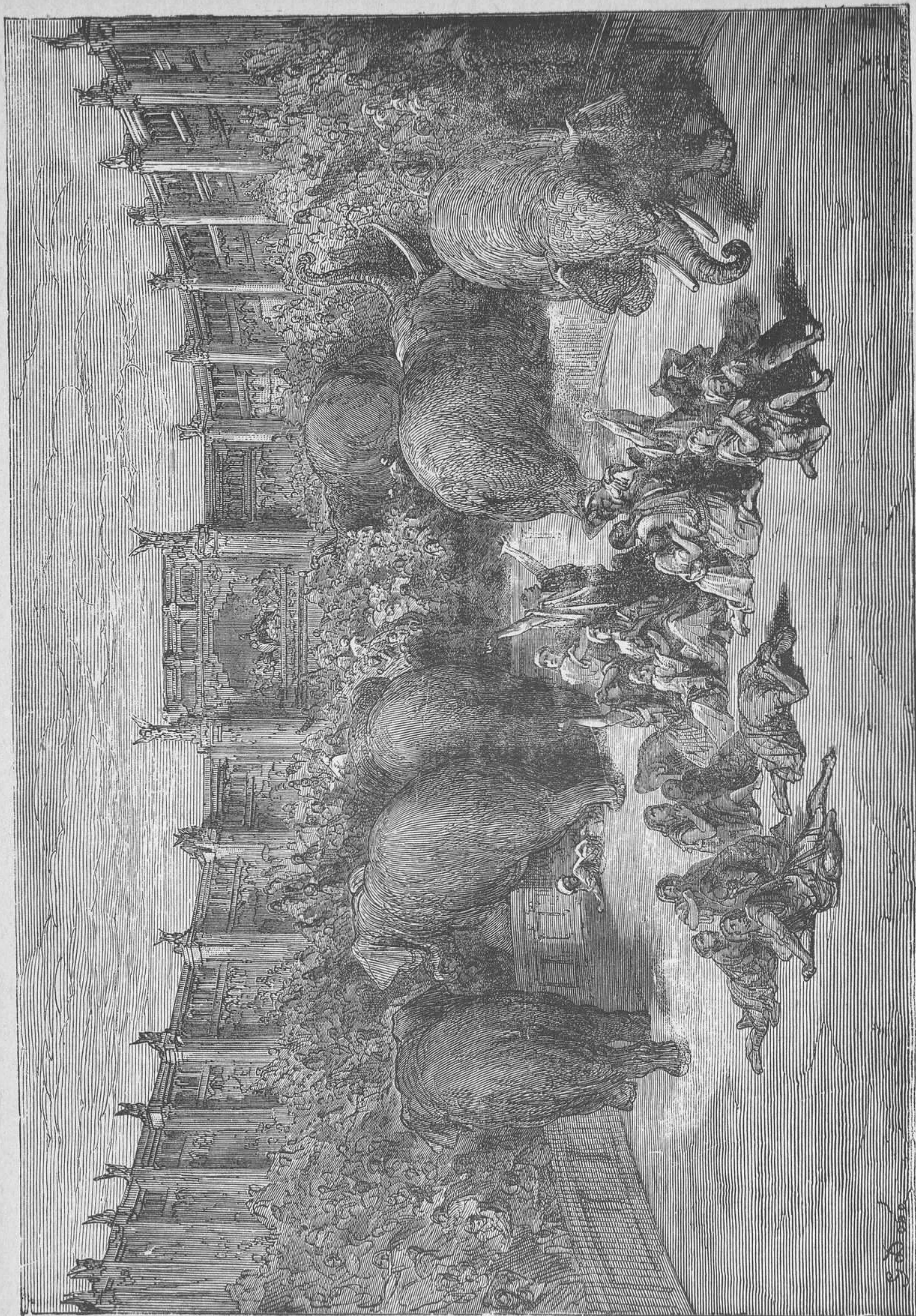
PENSAMIENTOS

Quien no ve á Dios en todas partes, en parte alguna le encuentra.

Hay hombres honrados que únicamente lo son hasta que les trae cuenta dejar de serlo.—*J. Petit Senn.*

Si amas la vida, decía Franklin, economiza el tiempo, porque de fragmentos de tiempo se compone la vida.

Ten presente que son dos las cosas que se van como el humo: el dinero y el tiempo. El dinero puede recobrase, mas el tiempo perdido no vuelve más.



JUDIOS CAUTIVOS EN EL CIRCO DE ALEJANDRIA

JUDIOS CAUTIVOS

EN EL CIRCO DE ALEJANDRÍA

La lámina—obra del célebre dibujante y pintor Gustavo Doré—representa un incidente notable en la historia de los judíos, relatado por Josefo. Tolomeo Filopator había dado la orden de que todos los judíos fuesen presos y enviados encadenados á Alejandría. A su llegada fueron encerrados en el Hipódromo, un vasto anfiteatro usado para los juegos y representaciones públicas. Mandó entonces el Rey, que los judíos fuesen expuestos á sus elefantes, que los debían pisotear, cuando estuviesen excitados por el vino y el incienso. En dos días sucesivos fué dada la orden, pero la ejecución fué demorada por las frenéticas orgías y el ánimo vacilante del Rey. Durante este intervalo, los judíos oraban sin cesar á Dios para que los librase. Fueron oídas sus súplicas; cuando por fin los elefantes fueron empujados sobre ellos, y una muerte segura é instantánea parecía inevitable, los poderosos animales se volvieron contra los soldados y los espectadores, á muchos de los cuales destruyeron.

AMOR

Una familia rica y de gran posición en su país, tenía una gran prueba: el único hijo que tenían se hallaba completamente entregado á la bebida.

Muchas veces su padre le había per-

donado, pagando sus deudas y ayudándole á empezar una vida nueva; pero á la edad de treinta años, estaba tan perdido en su vicio y hacía tan poco caso de los consejos de su padre, que éste le despachó de la casa paterna á un país lejano. Sus padres le enviaban dinero para sus necesidades, solamente mientras estuviese allí. Pasaron dos años, y Alejandro, en lugar de mejorar, iba de mal en peor. Tenía varias hermanas, una de las cuales, llamada Margarita, mucho más joven que él, le amaba tiernamente y lloraba por las maldades de su hermano. Un día le vino un pensamiento: ideó ella misma ir á vivir con su hermano, y ganar su corazón para el Salvador. Margarita consiguió el consentimiento de sus padres para ausentarse de la casa por un año.

Fué con un corazón valiente, lleno de amor y de esperanza, y después de varias semanas de viaje, halló á su hermano. La vida á su lado le era más difícil y dura de lo que había esperado, pero por amor de él lo llevaba todo con paciencia y oración. Á veces Alejandro le decía: — Margarita, no puedo comprender cómo lo has dejado todo y has venido para vivir conmigo. A tales palabras solía contestar:—Se explica todo en una palabra: *amor*. Ella no trataba de ganarle por sus palabras, le mostraba una vida de amor por sus hechos. El corazón de su hermano fue tocado y se ablandó algo, pero no había un verdadero cambio en él, bebía como antes y jugaba cuanto podía. El año pasó rápi-

damente, y quedaba de él tan sólo una semana. Margarita estaba amargamente desengañada, parecía que su plan había fracasado, y su esperanza estaba deshecha. Se puso de rodillas y derramó abundantes lágrimas delante de Dios. Él amaba á Alejandro más que ella podía amarle. Le presentó sus promesas, una por una y en el nombre del Señor Jesús, reclamó el cumplimiento de ellas. Mientras estaba orando, alguien entró en el cuarto, se arrodilló á su lado, y apoyando su cabeza contra ella, lloraba amargamente. Era Alejandro; había oído la oracion de su hermana, y entró en su cuarto con el corazón arrepenido, verdaderamente quebrantado por sus pecados. Hoy, Alejandro es salvo y valiente en la causa de su Salvador; trabaja por la salvación de otros perdidos como él, diciendo: «El amor me salvó.»

LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS. (CONTINUACIÓN.)

La astucia y el fraude vienen á ser en él costumbres inveteradas, y no debe castigársele por eso. Respecto á la honradez se tiene al esclavo en tal estado de dependencia y de seminiñez, que no hay medio de hacerle comprender que los bienes de su amo no son los suyos, si se puede apropiarse de ellos. Por mi parte, yo no puedo comprender un esclavo fiel. Un negro como Tomás, es un verdadero milagro moral.

—¿Y qué será de sus almas?—preguntó gravemente Ofelia.

—Eso ya no es cuenta mía,—dijo Saint Clare;—yo no me ocupo más que de la vida presente.

—Esto es horrible,—exclamó la señorita Ofelia—deberías avergonzarte de ti mismo.

—Demasiado lo sé. Estamos en buena compañía en este ancho camino—dijo Saint Clare.—Mira, por todas partes, en el Norte y en el Mediodía, en el mundo entero, en todas partes hay la misma historia.

—No así en Vermont.

—Sí, en los Estados libres y en Nueva Inglaterra, sois mejores que nosotros, te lo concedo. Pero suena la campanilla, prima..... Dejemos por un momento nuestras nativas prevenciones, y vámonos á comer.

Encontrábase en la cocina la señorita Ofelia, á eso del anochecer, cuando exclamó un negrito:

—Aquí está la vieja Prue, que llega gruñendo como siempre.

Una mujer de color, alta y seca, entró en la cocina, con un cesto en la cabeza lleno de tortas y panecillos.

—¡Ah! es usted, Prue—exclamó Dinah.

Prue tenía el aspecto repugnante y la voz ronca. Bajó el cesto, se sentó en el suelo, y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—¡Señor! ¡Cuánto desearía morirme!—murmuró.

—¿Y por qué quiere usted morirse?—preguntó la señorita Ofelia.

—Para concluir de una vez con esta miseria;—respondió la mujer lúgubrememente, sin levantar los ojos del suelo.

—¿Y por qué se alumbra usted todos los días, Prue?—dijo una doncella mestiza, muy guapa, haciendo sonar según hablaba sus pendientes de coral.

La vieja lanzó sobre ella una mirada llena de fuego.

—Ya llegarás tú también algún día, bonita, y te quedarás encantada al verte. Entonces también querrás tú beber como yo, para olvidar tu suerte.

—Traiga usted acá, Prue, que vea las tortas; la señorita se las comprará.

La señorita Ofelia cogió dos docenas.

—Jack, súbete en ese taburete y toma algunos sellos que están en ese puchero viejo—exclamó Dinah.

—¡Sellos!.... ¿para qué?—preguntó la señorita Ofelia?

—Se los compramos á su amo, y él nos da los bollos en cambio.

—Se toma nota de los sellos y del dinero—añadió la vieja Prue;—y cuando llego á casa, si no resulta la cuenta, me llenan de golpes.

—Y está muy bien hecho;—dijo Juana, la doncella;—puesto que usted se guarda el dinero para emborracharse; porque eso es lo que hace Prue, señorita.

—Sí, y lo hago á la fuerza; tengo que beber para olvidar mis desgracias...

—Hace usted mal en robar el dinero á su amo para embrutecerse de ese modo;—dijo la señorita Ofelia.

—Es verdad, señorita; pero yo tengo que beber.

La vieja se levantó lentamente, y puso de nuevo el cesto sobre su cabeza; pero antes de salir de la cocina dirigió una sombría mirada á la joven que había hablado, y que seguía moviendo sus pendientes.

—Te crees tan bonita como todo eso—le dijo—mueves la cabeza y desprecias á las demás; sigue, ya te tocará la vez, llegarás á ser una vieja, arrugada y acardenalada de golpes como yo, y entonces verás si no te echas á beber, á beber hasta que vayas al infierno.

Y la vieja salió del cuarto, exhalando un sordo gemido.

(Se continuará.)

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2'50
Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1898.—Imp. de Idamor Moreno Cruzado, Suc. de J. Cruzado, Blasco de Garay, 9.